

años: aquella menor edad era una ocasión demasiado favorable para que la dejara escapar el rey de Inglaterra. En efecto, la guerra se reanudó más empeñada que nunca y Eduardo III entró en Escocia con Eduardo Baliol, pretendiente por él apoyado, y realizó allí cuatro afortunadas campañas. Arrojado por Baliol en 1333, el rey David se refugió en Francia, en donde encontró un «asilo muy apacible.» Lo que mayor gravedad comunicaba á los asuntos de Escocia era para los reyes de Inglaterra la circunstancia de estar los escoceses aliados con los franceses desde 1295; y más que ninguno de sus predecesores parecía Felipe VI apegado á esta alianza y preocupado por hacerla eficaz. La terrible hostilidad de los escoceses era, pues, una amenaza constante para Inglaterra, y en caso de llevar ésta á cabo alguna expedición al continente, Escocia podía realizar un movimiento de diversión muy útil á Francia. Pero conviene hacer constar, por otra parte, que la lucha contra Escocia era popular en Inglaterra y contribuyó á que se aceptara la guerra contra Francia aliada de los escoceses. Finalmente, el ejército inglés adquirió solidez y experiencia en los combates tan frecuentes del «border» escocés.

Los reyes ingleses tenían la suerte de poseer enfrente de las costas francesas las islas Normandas, y en Francia misma los condados de Ponthieu y de Montreuil y el ducado de Guiena. Este último, resto de la antigua Aquitania, estaba reducido á una faja de tierra que se extendía de Saintes á Bayona; pero los ingleses habían procurado por todos los medios captarse las simpatías de los habitantes y aumentar la riqueza del país. Burdeos había obtenido grandes franquicias, y la mayor parte de las ciudades cartas copiadas de las de Ruán. En el consejo de Gascuña, que asesoraba al senescal, y en el tribunal de Gascuña, presidido por el canceller, figuraban algunos aquitanos, de modo que éstos intervenían en el gobierno y en la administración de la justicia. Eduardo I había hecho consignar en una gran información sus derechos y los de sus vasallos. Los señores gascones, que sólo poseían tierras muy pobres, eran en extremo turbulentos y codiciosos, pero la administración inglesa les dejaba de buen grado que fueran á buscar fortuna lejos. La principal riqueza de aquella región eran los vinos, que en la mesa de los reyes y de los barones ingleses habían reemplazado, desde hacía un siglo, á los de Borgoña. Burdeos centralizaba los productos del Medoc, del Agenais y del valle del Garona en general; Libourne, Saint-Emilión y la Réole exportaban los vinos de la Baja Guiena y Bayona los de la Gascuña. En determinadas fechas, grandes caravanas marítimas, compuestas á veces de doscientos buques, visitaban los puertos ingleses bajo la protección de los barcos del rey de Inglaterra, regresando de allí los mercaderes bordeleses con cargamentos de lanas, pieles, sebos, quesos y pescado salado. Además prosperaban en Burdeos varias industrias, como las de los paños, de las cuerdas y de las armas fabricadas con el hierro del Perigord y de Navarra. Para estas transacciones la Guiena poseía su moneda, única que se admitía en la provincia y que tenía la ventaja de permanecer fija y de ser buena. La dominación inglesa en la Guiena estaba, pues, perfectamente consolidada.

De todos los hechos que acabamos de enumerar re-

sulta que en Francia y en Inglaterra existían grandes fuerzas acumuladas, pero que Inglaterra tenía ventajas, si no decisivas, muy manifiestas. Era una nación pequeña, pero de gran cohesión y enteramente en manos del rey; poseía un ejército mejor reclutado y armado que el del rey de Francia y fuertes posiciones estratégicas en el continente que le compensaban el peligro de Escocia.

CAPITULO III

LOS PRIMEROS CONFLICTOS (1)

I. La ruptura.—II. Jacobo de Artevelde.—III. La Esclusa.
IV. La sucesión de Bretaña.—V. La guerra de Bretaña.

I.—La ruptura (2)

Afirman muchas crónicas que si Eduardo III se decidió á entablar la lucha contra Francia fué por instigaciones de Roberto de Artois, el cual se había refugiado en Inglaterra disfrazado de mercader de lanas, mientras los agentes del rey le buscaban en Provenza y en la Guiena. Para congraciarse con Eduardo, confesóle que «sin razón y con pecado» había consentido en su «desheredación» y contribuido á hacer rey del «noble reino de Francia» al que menos derechos tenía para serlo. Y desde aquel instante fué esta una obsesión de Roberto: «Micer Roberto no cesaba noche y día de hacer presente al rey Eduardo el derecho que tenía á la corona de Francia, y el monarca le escuchaba con gusto.» Esto no obstante, las causas del conflicto no fueron, al parecer, tan sencillas como los cronistas afirman.

Razones económicas y políticas impulsaban á Eduardo III á guerrear contra Felipe VI. Los paños flamencos eran tan necesarios al pueblo inglés como la lana de Inglaterra lo era á los tejedores de Flandes; de aquí la necesidad de que el rey de Inglaterra tuviera en el condado y sobre los flamencos una acción política. Ahora bien: por parte de Flandes existían grandes aprensiones: el restablecimiento de la autoridad del conde y de la influencia francesa, después de la jornada de Cassel había comprometido los intereses ingleses, y

(1) FUENTES.—*Continuations de la Chronique de Guillaume de Nangis*, edición Geraud, 1843. *Grandes chroniques de Saint-Denis*, edición Paris, V, 1837. Ricardo Lescot, *Chronique*, edición Lemoine, 1896. *Chronique Normande*, edición Molinier, 1882. *Chronographia regum Francorum*, edición Moranville, II, 1893. *Chronique des quatre premiers Valois*, edición Luce, 1862. Juan le Bel, *Les Vraies Chroniques*, edición Polain, 1863. Froissart, *Chroniques*, edición Kervyn de Lettenhove, II y III, XVIII, XXIII, 1867, 1874-1876, y edición Luce, I, II y III, 1869 (las notas de estas ediciones tienen una importancia capital para la historia de la guerra de Cien años). *Récits d'un bourgeois de Valenciennes*, edición Kervyn de Lettenhove, 1879. Adam de Montmouth, *Continuatio chronicarum*, edición E. M. Thompson, 1889. Roberto de Avesbury, *De gestis mirabilibus regis Eduardi III*, edición E. M. Thompson, 1889. Le Baker de Swynebroke, *Chronicon*, edición E. M. Thompson, 1889. Knighton, *Chronicon*, edición Lumby, 1889. Giovanni Villani, *Istorie fiorentine*, edición Racheli, 1857. Rymer, *Foedera... inter reges Angliae et alios quosvis reges*, 1821, II, II.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Denifle, *La guerre de Cent ans et la desolation des églises, monastères et hôpitaux en France*, I, 1899. Longman, *The life and the times of Edward III*, I, 1869. A. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1292 á 1378*, 1882. Lindner, *Deutsche Geschichte unter der Habsburgern und den Luxemburgern*, I, 1888.

Eduardo III creía que la única manera de llegar á ser dueño de Flandes era vencer al rey de Francia. Intimidado por la victoria de Felipe VI y ocupada después exclusivamente su atención por la guerra de Escocia, abstuvo durante algunos años de toda intervención directa; pero no por esto cesaba de recriminar al conde á propósito de los malos tratos de que se quejaban los mercaderes ingleses. Esforzabase además en aprovecharse de la impopularidad de los franceses en Flandes, llamaba á Inglaterra á un gran número de obreros de las pequeñas villas é introducía de esta suerte la alarma en las grandes ciudades industriales flamencas con la amenaza de transportar á su reino la fabricación de paños. Esto le hacía confiar en que si se resolvía á declarar la guerra al rey de Francia, los flamencos se verían obligados á abrazar su causa ante el temor de ver su industria arruinada por Inglaterra.

Por otra parte, Eduardo III estaba altamente disgustado de los procedimientos que en Guiena seguía el rey de Francia. Carlos IV había prometido al rey de Inglaterra, en 31 de marzo de 1327, restituir la parte de aquella provincia que sus tropas conquistaran después del asunto de Saint-Sardos (1), y Eduardo III se quejaba porque aquel tratado no había sido lealmente cumplido. En 1330 estuvo á punto de estallar un conflicto por este motivo, y si bien ambos reyes llegaron á un acuerdo, seguramente en abril de 1331, quedaron sin resolver las cuestiones más importantes. Desde entonces no habían cesado un momento las dificultades: los vasallos del rey de Inglaterra, cuando no estaban satisfechos de su justicia, recurrían en apelación ante el rey de Francia, soberano del ducado. El Parlamento de Felipe VI, con sus informaciones y sus sentencias, embrollaba la administración inglesa y los procesos se multiplicaban. El más atrevido de éstos fué el del señor de Noailles, quien, siendo acreedor del rey de Inglaterra, hizo decretar por el Parlamento, en julio de 1336, el embargo de las tierras y de los castillos de su deudor, y el senescal francés de Agén fué inmediatamente á ocupar el castillo y la villa de Puymirol.

Por último, los asuntos de Escocia tomaban un sesgo muy grave. Eduardo III y su pueblo consideraban la independencia de Escocia como un peligro nacional para Inglaterra, y Francia daba asilo á David Bruce, á quien los partidarios de la independencia consideraban como el verdadero rey de aquel país. Sabíase en Inglaterra que entre Francia y Escocia existía una alianza secreta, y las tentativas de mediación de Felipe VI no habían logrado distraer la atención de los ingleses. Quejábese el rey de Inglaterra amargamente de los actos de hostilidad que contra sus súbditos realizaban los marinos franceses y flamencos, y tenía noticias de que de los puertos de Flandes salían auxilios para sus enemigos. A fines de 1335, viendo que se agotaban, al parecer, las fuerzas de los escoceses, Felipe VI decidió enviarles importantes socorros, y con una parte del dinero y de los buques de la cruzada hizo preparar una gran expedición en la primavera de 1336; y como varios emisarios tenían á Eduardo al corriente de todo cuanto se hacía en los puertos de Francia, fué grande entonces la alarma en Inglaterra, en donde se hablaba de una inva-

(1) Véase pág. 328.

sión por Portsmouth y se ponían en estado de defensa las costas y las islas. La expedición fracasó, mas á pesar de ello desembarcó en Escocia un contingente de hombres armados.

Es verosímil que estos acontecimientos fueran la causa inmediata de la guerra; pero lo que complica la historia de estos comienzos es la conducta ambigua de Eduardo, quien por un lado no cesaba de formular reclamaciones á Felipe VI y al conde de Flandes, y por otro manifestaba disposiciones muy pacíficas, y al mismo tiempo que se quejaba proponía treguas, conferencias, entrevistas y matrimonios. Las embajadas inglesas sucedieron en Francia con cortos intervalos hasta el mes de octubre de 1337, como si Eduardo III quisiera agotar todos los medios y todas las concesiones; pero estas demostraciones pacíficas iban acompañadas de actos preparatorios de las hostilidades.

El rey de Inglaterra procedió en primer término contra el conde de Flandes, prohibiendo en 12 de agosto de 1336, hasta nueva orden, la salida de las lanas de su reino, á causa de «ciertas noticias que hasta él habían llegado.» En represalias, el conde de Flandes, tal vez por consejo de Felipe VI, ordenó que fuesen detenidos todos los comerciantes ingleses que se encontraban en sus Estados, á lo que contestó Eduardo III en 5 de octubre haciendo detener en Inglaterra á todos los comerciantes flamencos y confiscarles sus bienes. Algunos días después, el monarca proponía al conde un arreglo que fué por éste rechazado, en vista de lo cual concedió en el mes de diciembre al duque de Brabante el establecimiento de un depósito de lanas inglesas en sus Estados, á condición de que nada de allí iría á parar á manos de los flamencos. Con estas medidas esperaba Eduardo introducir la perturbación en Flandes, llevar la alarma á las grandes ciudades industriales y prepararlas para que abrazaran su causa contra su señor, el conde de Flandes, vasallo demasiado adicto al rey de Francia.

Al propio tiempo realizaba Eduardo III una grave demostración. Había convocado su parlamento para el día 21 de septiembre de 1336 en Nothingam, á fin de deliberar acerca de las maquinaciones del rey de Francia en Escocia y en Guiena y de proveer á la salud del reino, y en aquella asamblea y en las que le siguieron hizo afirmar de nuevo sus derechos á la corona de Francia. Entonces fué sin duda cuando Roberto los sostuvo públicamente. Es probable que, en el fondo, Eduardo no haya renunciado nunca á sus pretensiones al trono de Francia, así como que Felipe sospechara que su vasallo tenía la intención persistente de renegar del homenaje de Amiéns; pero el rey de Inglaterra no ignoraba las dificultades que tal reivindicación traía consigo, y hay motivos para creer que en un principio no vió en ello más que un medio de amenaza y una provocación.

Eduardo III, siguiendo el consejo que le dió su parlamento, buscó en el continente aliados en todas partes, incluso en Noruega y en España, pero sobre todo en los Países Bajos. Había casado con una hija del conde de Hainaut, á la vez conde de Holanda y de Zelandia y señor de Frisia, y era por consiguiente cuñado del emperador Luis de Baviera y del conde de Gueldres. En 1328 y luego en 1330 habíase asegurado la alianza del duque de Brabante, cuyo ducado comenzaba enton-

ces á tomar gran vuelo industrial. Con la ayuda de la casa de Hainaut-Holanda, cuyos dominios tenían gran importancia estratégica, esperaba Eduardo dominar todos los Países Bajos. Cierta que Felipe VI, á partir de 1332, trató de contrarrestar la acción de Eduardo en aquella región (1), obligando al duque de Brabante á aliarse con él y á casar á su primogénito con una hija de Francia, y adquiriendo en 1334 el señorío de Malinas; mas no tardó Eduardo III en recuperar la ventaja en los Países Bajos.

Desde los últimos días de 1336 al mes de agosto de 1337 sucedieron las embajadas en el continente. Enrique de Burghersh, obispo de Lincoln, hizo varios viajes á los Países Bajos, estableció su cuartel general en Valenciennes y desde allí se corrió hasta Alemania, acompañado y secundado por otros embajadores clérigos y señores, que en número de treinta personas constituían su séquito. Los príncipes del Imperio mostráronse muy exigentes: «Bien sabía que los alemanes son en extremo codiciosos y no hacen nada sino por dinero.» Para atraérselos, nada economizó la comisión inglesa: «Y todo el mundo les contemplaba maravillado de la gran pompa que ostentaban, pues no economizaban nada, como si el dinero les cayese de las nubes.» Los ingleses gastaron cien mil florines, pero pudieron creer que era dinero bien colocado.

Los señores del Hainaut, del Brabante, del valle del Mosa y de las orillas del Rin acudieron en gran número, juntándose en Valenciennes, personalmente ó por representación, el duque de Brabante, el conde de Hainaut, el marqués de Brandeburgo, el conde de Güeldres, el marqués de Juliers, el arzobispo de Maguncia, etc. El mayor éxito del obispo de Lincoln fué lograr la alianza del emperador Luis de Baviera, irritado por las ilusorias negociaciones que el rey de Francia tenía entabladas con él á pretexto de reconciliarle con el papa; y mediante 300.000 florines que el emperador reclamó para sus preparativos y para el equipo de dos mil guerreros, firmóse en 15 de julio de 1337 un tratado entre él y el rey de Inglaterra.

Felipe VI no parece haber retrocedido ante aquella gran guerra que se anunciaba, y antes al contrario, mostróse inflexible en todas las cuestiones que entre ambos reyes se debatían en aquel entonces. Continuó ayudando á los escoceses; en Guiena nada hizo para moderar el celo de sus funcionarios ó para contener las agresiones de sus hombres de armas, y en diciembre de 1336, por mediación del senescal de aquel ducado, reclamó con altanería la entrega de Roberto de Artois. Tampoco intentó, según parece, impedir el corso que sus marinos hacían en la Mancha y en el mar del Norte, y por otra parte, las embajadas francesas en Inglaterra, menos frecuentes que las inglesas en Francia, no proponían ninguna concesión.

Felipe, como su adversario, procurábase nuevas alianzas, pudiendo contar con el rey Juan de Bohemia y con el conde de Flandes. Desde fines del verano de 1336 había enviado á Juan de Vienne á España, y en los últimos días del año un embajador de Alfonso XI firmó un tratado de amistad entre Francia y Castilla. En

(1) Véase pág. 395.

el Norte, si por un lado resultaban inútiles los tardíos esfuerzos para conjurar el peligro de la alianza entre Eduardo III y Luis de Baviera, en cambio por otro formábase contra los amigos de Inglaterra una coalición en la cual entraban el obispo de Lieja, el conde de Zweibrücken, Enrique de Baviera, la ciudad de Cambrai, el conde de Linages y las comunas de Frisia. Al mismo tiempo Felipe VI multiplicaba los preparativos militares, reuniendo hombres de armas en Picardía, expidiendo tropas á Guiena y cobrando subsidios para la guerra. Dos ejércitos debían estar dispuestos para el verano de 1337; los armamentos marítimos se realizaban con ardor, y en 24 de mayo de 1337 el rey decretaba la confiscación de la Guiena, muchos de cuyos castillos veíanse sitiados y capitulaban. Comenzaba la guerra.

En el mes de agosto, Eduardo III dirigió á los herejes un manifiesto en el cual enumeraba todos los esfuerzos hechos por él para conservar la paz y todas las «maldades» de su adversario, y decía que no había podido contener la malicia del rey de Francia. A pesar de esto, todavía enviaba en 3 de octubre una embajada solemne á Francia, con el objeto de ofrecer á Felipe VI una paz «buena y perpetua;» pero cuatro días después, antes de que sus embajadores hubiesen podido llegar á su destino, tomaba en sus decretos el título de rey de Francia, y designaba al duque de Brabante, al marqués de Juliers, al conde de Hainaut y al conde de Northampton como tenientes, vicarios y capitanes suyos para reivindicar en su nombre el reino de Francia y ejercitar en él sus derechos; y en 17 de octubre, en una carta dirigida al papa, calificaba á Felipe VI de pretendido rey de Francia. Probablemente en la fiesta de Todos Santos el obispo de Lincoln llevó á París y entregó al monarca francés las cartas de desafío del rey de Inglaterra (2); algunos días después, una escuadra inglesa se apoderaba de la isla de Cadzand, en la costa flamenca, cerca de la Esclusa, arrojando de ella á los soldados que el conde de Flandes había apostado para el servicio del rey de Francia. Los legados pontificios, llegados á Inglaterra en el mes de noviembre, nada podían ya impedir.

Difícil es señalar las responsabilidades en los acontecimientos históricos, aún en los más trascendentales. ¿Quién es responsable de la espantosa guerra de Cien años? Los dos reyes se acusan recíprocamente, como sucede siempre en tales casos, y se echan uno á otro en cara su mal proceder. La conducta del rey de Francia en Guiena y en Escocia no fué ciertamente leal; pero ¿quién osará afirmar la lealtad de Eduardo III, que tan de mal grado prestara al rey de Francia su juramento de homenaje? En el fondo ambos monarcas sentíanse enemigos, sin poder quizás explicarse la verdadera razón de ello; y esta razón era la falsa situación creada en el siglo XI el día en que el duque de Normandía, sin dejar de ser vasallo del rey de Francia, fué rey de Inglaterra, y agravada cuando el advenimiento de los angevinos á este trono. Que un rey inglés poseyera feudos en Francia, era cosa conforme con el dere-

(2) La fecha de 1337 que da Froissart concuerda mejor con los demás testimonios que la de 1339, adoptada, por ejemplo, por Longman, *The life and times of the Edward III*, I, 150.

cho feudal, pero contraria á la naturaleza, más fuerte que todos los derechos. Entre el monarca francés que quería realizar la unidad territorial natural de su reino y su vasallo demasiado poderoso, la guerra era inevitable; así es que aun cuando no hubiese surgido el incidente dinástico de 1328, y aunque las pretensiones de Eduardo á la corona no hubiesen enconado la secular contienda entre ambos reinos, la guerra habría durado hasta que cada uno de éstos hubiese vuelto á sus condiciones naturales de existencia.

La causa profunda de la guerra de Cien años fué una fatalidad hija de circunstancias anteriores.

II.—*Jacobo van Artevelde* (1)

El condado de Flandes fué el territorio que al principio más hubo de sufrir las consecuencias de las hostilidades. Eduardo III, siguiendo el ejemplo que en análogas circunstancias le diera Eduardo I, había privado á la industria flamenca de la primera materia de la que no podía prescindir. Las primeras medidas adoptadas durante el otoño de 1336 habían sido confirmadas en un estatuto solemne de 30 de febrero de 1337, en el cual el rey ofrecía protección á todos los obreros extranjeros y les otorgaba grandes privilegios, y prohibía la importación y aun el uso de paños extranjeros y, hasta nueva orden, la exportación de la lana, todo con el objeto, como dice Walsingham, de vencer el orgullo de los flamencos, que tenían en mayor estima que á los ingleses las balas de lana de Inglaterra. Y algunos meses después, á fin de hacer más sensible esta prohibición á los flamencos, Eduardo III concedía treinta mil sacos de lana á los depósitos del Brabante, con la condición de no venderla para fuera.

En toda Flandes los telares habían cesado de funcionar, y los obreros emigraban en gran número; y los que de allí no se movían daban la culpa de lo que pasaba á su conde y al rey de Francia, «porque por él y por sus obras se encontraban en aquel peligro.» El conde Luis de Nevers no era querido de sus súbditos, quienes censuraban sus prodigalidades, sus permanencias demasadas largas en la corte de Francia, y las exigencias de sus funcionarios. Trató el conde de conjurar el descontento diciéndo en Gante á los artesanos, sin convencerles, «que aquello no podía durar mucho tiempo,» y que había recibido buenas noticias, y añadiendo: «Y no penséis ni digáis nada contrario ni ninguna maldad de ese hermoso país de Francia, del que tantos bienes reportamos.» Verdad es que el comercio de Flandes con Francia era activo, pues en Gante estaba el mercado de cereales del Artois, pero no había punto de comparación entre este mercado y el de las lanas. Por otra parte, en Gante era en donde más viva se manifestaba la cólera, porque aquella ciudad «es la que más paños fabrica y la que menos puede vivir sin esta fabricación.» Los obreros tejedores y bataneros se reunían en las calles y en las plazas al grito de *¡Trabajo y Libertad!*, y «hablaban

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Kervyn de Lettenhove, *Jacques d'Artevelde*, 1863, y *Chroniques* de Froissart, XX, *Table historique*, vº ARTEVELDE, 1875. Ashley, *James and Philip van Artevelde*, 1883. Pirenne, *Histoire de Belgique*, II, 1902. Para los detalles véase Pirenne, *Bibliographie de l'histoire de Belgique* (número 1894), segunda edición, 1901.

groseramente, como es costumbre entre gentes ordinarias, del conde Luis.» El pueblo gantés profesaba tanta animadversión á los «linajes» como á la clase media acomodada, que no habían sabido hacer otra cosa que defender unos privilegios odiosos para los pequeños artesanos, entre quienes, al mismo tiempo, declarábase una viva simpatía por Inglaterra.

Los embajadores ingleses establecidos en Valenciennes procuraron explotar estas buenas disposiciones y se trasladaron á Ipres, á Brujas y á Gante, «gastando mucho dinero y dando grandes banquetes.» En Gante fueron muy bien recibidos por un «anciano» y muy respetable caballero, prisionero en otro tiempo de Felipe el Hermoso y muy partidario de la alianza inglesa, Sohier el de Courtrai. Iniciáronse negociaciones para que de nuevo se enviase lanas, para la reconciliación del conde y del rey de Inglaterra, y hasta para un matrimonio entre la hija de éste y un hijo de aquél; pero el conde, desconfiado, mandó comparecer á Sohier en Brujas, hízole encerrar en Ruppelmonde, y á principios de 1338 le mandó decapitar villanamente. Los ganteses, sin embargo, habían elegido un jefe más temible que el anciano caballero.

La noche de Navidad de 1337, los artesanos, «llamando de casa en casa á sus compañeros,» habían ido á encontrar en su domicilio á un ciudadano, Jacobo van Artevelde, que tenía fama de hombre muy sensato, y contándole aquéllos sus miserias le prometieron «oirle, obedecerle, temerle y servirle.» Artevelde los citó para el día 28 de diciembre «en un sitio que se llama la Biloke.»

Artevelde, que de tal modo se veía solicitado por la plebe, pertenecía á la clase media acomodada. Su familia era antigua, y su padre, comerciante en paños, había sido concejal en Gante. Jacobo van Artevelde había viajado mucho en su juventud, y es posible que estuviera en Roma, en Grecia y hasta en Rodas, formando parte del séquito de Carlos de Valois. Un miembro de su familia, su padre, sin duda, que tenía negocios con Inglaterra, había sido despojado de sus bienes por felonía cometida contra el rey de Francia, y había entrado al servicio de Eduardo I y tomado parte en la batalla de Courtrai. En Gante, Artevelde se dedicaba al comercio de paños y estaba inscrito en la corporación de los tejedores; rico y considerado, habíase casado en segundas nupcias con una mujer de noble alcurnia. En el momento en que entra en escena tiene cincuenta y dos años: el cronista de Saint-Denis dice de él que es hombre de «muy clara inteligencia;» Froissart lo pinta como «hombre sensato, imaginativo, duro, altanero, sutil y elocuente.» Era, en efecto, hombre de palabra y de acción, pero rudo y autoritario.

La asamblea anunciada se reunió en la Biloke el 28 de diciembre de 1337: «y lo condujeron en brazos desde su casa hasta la plaza, atravesando por entre gentes de todas clases. Y le habían dispuesto un hermoso catafalco sobre el cual le colocaron, y allí empezó á perorar tan bella y sabiamente, que convirtió todos los corazones á su opinión.» Esta opinión era que los flamencos «se pusiesen de parte de los ingleses contra los franceses,» afirmando que el rey de Francia estaba tan ocupado «de muchas maneras, que no tenía fuerza ni tiempo para causarles daño,» y que el rey de Inglaterra

«estaría contento de tener su amor,» y prometiendo además «que con ellos estarían Hainaut, Brabante, Holanda y Zelanda.» En otros términos, quería tomar la iniciativa de una alianza, cuando menos comercial, con Eduardo III, sin romper abiertamente con el conde ni con el rey de Francia; el objeto que Artevelde se proponía era conseguir lo que más urgía, ó sea que la lana volviera á Flandes, y todo el mundo aprobó sus manifestaciones.

A partir de aquel día, Artevelde fué verdaderamente «señor de la ciudad;» en torno suyo reunióse un ejército de partidarios «tan poderoso, que todos los días dormían en su casa, bebían y comían de mil á mil doscientas personas.» En 3 de enero de 1338 fué elegido capitán de la parroquia de San Juan, y luego capitán general de la ciudad, no obstante haber sido prohibido bajo pena de muerte, por miedo á la tiranía, el restablecimiento de este cargo. Adoptáronse medidas de defensa y se hizo acopio de víveres. Artevelde quería unir primero toda la ciudad y después toda Flandes para defender los intereses comerciales, y á este objeto impuso á las facciones de Gante una tregua de cincuenta días y poco á poco reunió por la fuerza, por la amenaza ó por la persuasión, á las ciudades rivales. En el mes de abril de 1338, los diputados de Gante, de Brujas y de Ipres celebraron una conferencia en el monasterio de Eeckhonte, eligiendo á tres de ellos para que velaran permanentemente por los intereses comunes. En mayo, Artevelde, en unión de algunos ciudadanos, recorrió todo el país desde Bailleul á Termonde, arrastrando en todas partes á las poblaciones. Los tejedores de Gante, dirigidos por el jefe que se habían dado, dominaban la Flandes (1).

Artevelde había declarado que por de pronto nada había que temer del rey de Francia; y en efecto, Felipe VI, alarmado por lo que en Flandes sucedía y de acuerdo con el conde, multiplicaba las tentativas para una reconciliación más ó menos sincera con las municipalidades, llegando hasta permitirles, en junio de 1338, que mantuvieran una especie de neutralidad en la guerra que se inauguraba contra el rey Eduardo. Pero el interés empujaba á Flandes al lado de los ingleses, pues era más fácil prescindir de los trigos y de las avenas del Artois que de las lanas de Inglaterra. Hubo un momento en que Artevelde creyó haber conquistado al conde para su política; mas Luis de Nevers nada quiso saber de ello y aun pensó por un instante en hacer asesinar al jefe de los tejedores. Con la ayuda de los *leliaerts* trató de sorprender á Gante y luego á Brujas, pero no pudo lograr su intento; y en febrero de 1339, desesperando de restablecer su autoridad, se refugió en la corte de Francia.

(1) En su *Histoire de Belgique* (tomo II), M. Pirenne indica que para comprender la historia de Artevelde es preciso no colocarse en un punto de vista flamenco ó nacional, ni siquiera en un punto de vista exclusivamente democrático: Artevelde siguió una política ante todo urbana y gantesa. Aunque sus sentimientos no eran en manera alguna democráticos, vióse impulsado á inclinarse á Inglaterra por la necesidad de salvar á la industria de Gante, amenazada de ruina á consecuencia de la desaparición de las lanas inglesas. Al mismo tiempo, para procurar la preponderancia de esta misma industria, trató de establecer sobre sólidas bases la hegemonía de Gante sobre las demás municipalidades flamencas. Es inútil tratar de investigar otras causas.

Artevelde iba realizando con éxito sus planes y había conseguido que la lana inglesa volviera al mercado de Flandes. Eduardo, al ver que sus cálculos se lograban, había acogido las instancias de sus amigos de Gante y á principios de febrero de 1338 dos concejales de Gante habían ido á Lovaina para firmar un tratado preliminar con Inglaterra, no tardando en llegar las primeras lanas.

En 10 de junio, aquel tratado preliminar habíase convertido en un tratado de comercio que tenía por principal objeto la cuestión de la compra de lanas inglesas y la circulación de las telas flamencas. En aquel convenio las buenas ciudades no hacían más que prometer la neutralidad en las guerras «contra los señores de Flandes;» pero Eduardo contaba con que aquello no era sino el comienzo de lo que más adelante había de venir.

En julio de 1338, el monarca inglés pasó el mar para ir á ver á sus aliados, é instalándose en Amberes, gastó allí considerables sumas que pidió prestadas á Artevelde, al duque de Brabante y á algunos banqueros florentinos; mas, á pesar de su mucha generosidad y de su gran paciencia con los flamencos, las cosas por aquella vez no variaron.

Mejor fué el éxito que obtuvo por la parte de Alemania: el retardo en comenzar las operaciones militares y la prudencia de Eduardo III parecían haber enfriado el celo de sus aliados, muchos de los cuales, especialmente los más poderosos, mostrábanse indecisos. El rey de Inglaterra, á fin de atraerse nuevamente á los príncipes de Imperio, resolvió dar un paso solemne cerca del emperador, á quien fué á encontrar en Coblenza. La ceremonia de la entrevista fué imponente: Luis de Baviera se presentó vistiendo una túnica de paño de color de púrpura, «á manera de sacerdote,» adornada con las armas imperiales, con la mitra y la corona en la cabeza y el globo de oro en las manos, sentado en un trono que se alzaba sobre doce gradas, al lado del cual, aunque más bajo, estaba el sitio de Eduardo III. Después de leídas muchas actas imperiales, el emperador declaró al rey de Inglaterra vicario del imperio, y luego, en su calidad de jefe de toda soberanía temporal sobre la tierra, según la hermosa y vana teoría de la Edad media, garantizó los derechos de Eduardo III á la corona de Francia.

Transcurrió, sin embargo, más de un año antes de que el rey de Inglaterra reuniera á todos sus aliados. Por fin, á últimos de septiembre de 1339 y al frente de un ejército compuesto de elementos heterogéneos, puso sitio á Cambrai, que estaba defendida por una guarnición francesa. El rey de Francia, por su parte, había citado á sus hombres de armas en Peronne, en Bapaume y en Arrás para el verano de 1339, pero también se puso en movimiento muy tarde. Las operaciones, empezadas en otoño, no podían durar mucho tiempo; Eduardo III, á pesar de las gallardas «muestras de valor» que dieron sus caballeros, hubo de renunciar al sitio demasiado difícil de Cambrai, y habiendo penetrado en Picardía y llegado, después de tres semanas de devastaciones, á Buironfosse, encontróse en presencia del ejército francés, que sólo distaba de él media legua. Entonces hizo pedir batalla para el 21 ó el 22 de octubre; pero el 21 las tropas francesas estaban fatigadas á consecuencia de la marcha realizada, el 22 era viernes y, por

III.—La Esclusa (1)

Eduardo III había regresado á Inglaterra para preparar una nueva campaña, y cuatro meses después, en junio, todo estaba dispuesto. La escuadra inglesa aparejó en 23 de junio de 1340, y al día siguiente llegaba sin novedad delante del puerto de la Esclusa. «El rey de Inglaterra y los suyos, que vienen singlando, miran y ven hacia la Esclusa tan gran número de buques que parecía propiamente un bosque:» era la escuadra francesa.

Desde 1337 Felipe VI había hecho tantos preparativos por tierra como por mar.

Los puertos del Aunis, de la Picardía y sobre todo de Normandía estaban bien provistos de barcos y de marinos, y en aquel tiempo en que los buques de guerra no diferían gran cosa de los mercantes, podía encontrarse en ellos una flota bien equipada y montada y dispuesta á hacerse á la vela. Nadie más atrevido en el mar que los normandos de Treport, de Dieppe, de Fecamp y de Honfleur; pero á los buques requisados quiso añadir Felipe una fuerte escuadra real de «bargas» y de naves perfectamente construídas. La administración naval y el arsenal del «Clos des Galées» de Ruán fueron definitivamente organizados, y varios desterrados y aventureros genoveses, castellanos y otros, como los Spinola, los Doria, los Grimaldi, los Fieschi y los Barbavera, habían entrado al servicio del rey de Francia y habíanle llevado las ágiles y esbeltas galeras del Mediterráneo.

Los primeros años de guerra marítima habían sido afortunados para Francia. En 1338 y 1339, Antonio Doria y Carlos Grimaldi, ambos genoveses, el almirante Hue-Quieret y el capitán del mar Behuchet, habían recorrido la Mancha y llegado hasta el golfo de Gascuña, siguiendo las costas del Océano. Las islas normandas habían sido ocupadas y guarnecidas de tropas; Portsmouth, Southampton y Plymouth, en la costa inglesa, y Blaye y Bourg, en Gironda, tomadas y saqueadas; Quieret había entrado en el Támesis, y en 1339 los normandos habían hasta proyectado una nueva conquista de Inglaterra. Esto último había quedado convenido en una reunión que antes de Pascua celebraron los Estados del ducado en Ruán, y los normandos repartíanse ya de antemano la conquista. «Nada de esto se llevó á cabo;» pero los armamentos comenzados permitieron poner en 1340 en el mar la escuadra francesa más considerable que hasta entonces se había visto.

Al principio de la campaña, todas las fuerzas marítimas del rey de Francia habían sido concentradas en la Mancha. Felipe VI había ordenado á Quieret y á Behuchet que no dejaran al rey de Inglaterra desembarcar en Francia, añadiéndoles que «si por su culpa Eduardo les engañaba, les haría morir de mala muerte.» Los marinos normandos y genoveses no habían cesado de practicar cruceros delante de los puertos ingleses, desde Douvres á Plymouth, á pesar de lo cual Eduardo había pasado; y al tener noticia de su llegada, Quieret,

(1) OBRAS DE CONSULTA.— Sir H. Nicolas, *A History of the Royal Navy*. De la Ronciere, *Histoire de la marine française*, I, 1899 (obra de abundante y segura información para la historia marítima de la guerra de Cien años). Dufourmantelle, *La Marine en France au commencement de la guerre de Cent Ans*, 1878. S. Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*, 1890-1893.

último, el rey Roberto de Sicilia, «gran astrónomo,» había escrito á Felipe disuadiéndole de empeñar la acción. El rey de Inglaterra resolvió no emprender el ataque y se retiró.

Aquello era un fracaso para Eduardo III que había durante tanto tiempo preparado aquella expedición aparentemente formidable; para salir con bien de aquella empresa, habíale faltado la alianza efectiva de los flamencos, así es que á fines de 1339 y en los primeros días de 1340 hizo un gran esfuerzo para conseguirla. Jacobo van Artevelde, por su parte, veíase impulsado hacia la alianza inglesa por toda su política anterior y también por el cuidado de su propia seguridad. «A menudo iba y venía de Amberes para visitar al rey Eduardo, y le prometía que le haría señor de Flandes.» Al mismo tiempo, á los habitantes de las ciudades «les exponía tantas y tan hermosas razones, que estaban dispuestos á servir, bajo las órdenes de Artevelde, al rey de Inglaterra en aquel asunto.» Eduardo III se comprometió á restituir al condado de Flandes Lilla, Douai, Orchies, ciudades cedidas á Felipe *el Hermoso*. Los flamencos «meditaron muy despacio,» y al fin Artevelde respondió en su nombre que no podían quebrantar los juramentos que los ligaban al rey de Francia, pero propuso un medio de conciliarlo todo, diciendo al rey de Inglaterra: «Basta que queráis adoptar las armas de Francia y encuartelarlas con las de Inglaterra y llamaros rey de Francia, y os tendremos por rey y como á rey de Francia os obedeceremos.» Eduardo III tuvo al principio algunos escrúpulos, pues si bien ostentaba el título de rey de Francia, no se había atrevido aún á gobernar como tal en este reino; pero al fin siguió el consejo de Artevelde.

A fines de febrero de 1340 celebróse en su presencia en Gante un «parlamento» al cual acudieron representantes de toda Flandes y en el que Eduardo III actuó por primera vez de rey de Francia; adoptó las armas de Francia encuarteladas con las de Inglaterra, selló sus documentos con el sello francés, y desde aquel día puso en sus cartas las fechas del primer año de su reinado en Francia. Firmáronse tres tratados: por el primero se concedían á los flamencos grandes ventajas comerciales y la salvaguardia del rey de Inglaterra; por el segundo se les otorgaba el depósito de las lanas y un cuantioso subsidio, y por el tercero se les prometía la unión á su condado de Lilla, Douai, Orchies y del Artois, se renovaban todos los privilegios del país y se les garantizaba la independencia financiera y judicial. Artevelde, para completar su obra, organizó con el Brabante y con el Hainaut una especie de unión federal de los Países Bajos. Sólo una inquietud les quedaba á los flamencos, cual era el entredicho que amenazaba á Flandes, país muy piadoso. El rey de Francia había conseguido del papa «una excomunión tan grande y tan horrible, que no había sacerdote que se atreviera á celebrar el oficio divino.» Dos prelados iban á lanzar la terrible sentencia; pero Eduardo prometió á sus aliados «que les llevaría sacerdotes de su país, los cuales cantarían misa en Flandes, quisieralo ó no lo quisiera el papa.» Después de lo cual regresó inmediatamente á su reino, dejando al cuidado de sus buenos amigos de Gante á la reina y á un hijo que acababa de nacerle en aquella ciudad.